



ISSN 1692-0945

Revista electrónica de Psicología Social  
FUNLAM

## LA “INTERVENCIÓN EN FAMILIA” PASA POR LA VIOLENCIA SOCIAL/POLÍTICA Y LA VIOLENCIA “SILENCIOSA”

**Julio César Córdoba Upegui**

Psicólogo U de A.

Docente Funlam y de la U. de A.

“... la liberación de nuestras naciones implica el fortalecimiento de identidades colectivas, con un rescate profundo de la memoria histórica, y el fortalecimiento del control de los pueblos sobre sus propios destinos”  
Ignacio Ellacuría

“El orden social en que viven los hombres en una época o en un país dados, está condicionado por dos tipos de producción: por el grado de desarrollo del trabajo, de una parte, y de la familia, de la otra.”  
Federico Engels

Dilucidar la manera de “intervenir” en el escenario de la familia, supone que conocemos su contexto, historia, razones de configuración y en fin, lo que denominamos su *procesualidad*. Vocablo macabro -a la luz de las exigencias postmodernas-, dado que nos proponemos algo ... ¿qué pretendemos conseguir con la “intervención”? ¿Acaso, homogenizar a quienes se han salido del molde exigido por la cultura? Y, ¿a cuál cultura nos referimos... a la que se nos impone porque es el modelo socialmente avalado? O a aquella emergente, cuestionante, subvertora, que habitualmente enarbolan las nuevas generaciones? ...

Antes que plantear una serie instrumentalista de prácticas interventivas, es menester discutir si nuestra operatividad está asumida desde la búsqueda de dignificación de nuestra gente, -que se aglutina

por primera vez en el escenario social denominado genéricamente como FAMILIA- o solo obedecemos a cánones preestablecidos de que es lo que *debe ser* una familia (lo cual nos ubica en la omnipotencia del saber...).

Inicialmente haremos un recorrido por las latitudes históricas que nos han ofrecido algunos investigadores, particularmente lo señalado por Lewis Morgan en el siglo XIX y que luego es recogido por Federico Engels (socio ideológico y político de Marx) para destacar los procesos vividos por la *familia* y a que causas obedecen sus transformaciones.

Reiteramos con aquellos, que la forma inicial y universal de familia fue poliándrica (grupos de hombres y mujeres), para hacerse luego poligámica y finalmente monogámica. Todo ello adherido a los procesos histórico-sociales, fundamentalmente asociados al trabajo y a su necesaria división. La monogamia contemporánea se ajusta a características socio-históricas actuales, empero, ... ¿Qué es lo que la familia actual nos muestra y que muchas veces no podemos, o no queremos ver? ¿Lo que señalamos como sintomático, o “familia disfuncional” se las ve exclusivamente con una resultante biopsíquica? Y acá tenemos que entronizar por fuerza el compuesto que ha permitido a las Ciencias Sociales incursionar en el malestar de la cultura, esto es: lo sociohistórico. Ya no es dable pensar los procesos humanos sin ésta consideración consustancial a nuestro surgimiento como especie y consecuente con nuestro desarrollo y preservación sobre la tierra. Aquello que hayamos de valioso y de ominoso en nuestras familias, ha de ser entendido como la expresión lógica de la rítmica social, y al mismo tiempo como el anuncio de lo que ya se ha vencido y amerita cambio... ¿A que es a lo que nos resistimos?, aunque argumentemos que estamos trabajando para mejorar a una familia y/o a un sujeto problemático de una tal familia. Y por esa vía, ¿cómo se relaciona el espacio de lo familiar con lo social y con las macro representaciones sociales?

Pensar las razones que le dan especificidad, por ejemplo, al ejercicio violento en Colombia, tanto en el macro texto social como en el micro familiar, exige tener en cuenta la coyuntura contemporánea, en términos de lo ideológico y su enlace con la determinante económico-social. ¿Qué lectura hacemos de la debacle agresiva que desangra la nación? Pareciera que requiriéramos construir explicaciones y salidas propias. Es nuestro deber ubicar éstas cuestiones en contexto, o en otras palabras; la globalización, que le ha dado norte a **todo** en el mundo, ¿de qué modo y hacia donde conduce nuestro destino?

La globalización se asienta en los postulados negativos de la postmodernidad, puesto que le confiere enorme importancia a la banalidad, al vacío, a la individualidad, en la actual sociedad de consumo. Tal situación se presenta en América latina hibridándose con formas antediluvianas, como el credo moderno liberal-burgués y su antagónico, el feudal-escolástico. Convergen de manera extraña, la producción intelectual postmoderna (propia de las grandes metrópolis europeas) con los atavismos que otrora fueron referentes universales en diferentes geografías y épocas, sellando con tal particularidad nuestra historia, nuestra vida actual y probablemente nuestro destino. Cabe seguir acá a Gladys Adamson cuando señalaba: “... el mayor malestar, lo que más daño hace a Latinoamérica es no haber cumplido aún su sueño **moderno.**”

La postmodernidad reivindica sustancialmente:

1. La pérdida de confianza en el paradigma del progreso, que tenía su fundamento moderno en el desarrollo de la Ciencia, la Técnica y el Trabajo, como asegurador de la felicidad colectiva. Para ello se vale del “argumento” que ésta trilogía genera destrucción (ecológica) y abusos científico-técnicos (clonación, por ejemplo) que degeneran las condiciones “naturales” de producción.
2. La pérdida de la razón como referente fundamental, que estableció una verdad única, una concepción lineal de la historia, y

- la desconsideración de los afectos; introduciendo la existencia de las mujeres, los jóvenes, los marginales y las minorías sin espacio.
3. La pérdida de peso de las autoridades y representantes seculares del poder político y social, validando la puesta en cuestión de todo poder. Lo cual ha permitido por ejemplo, la introducción relativamente exitosa de propuestas políticas de sectores minoritarios que confrontan el poder tradicional. Así como la expresión de resistencia que se mueve en todos los espacios, las negritudes, indigenistas, los gay, los jóvenes en sus hogares, etc.
  4. La felicidad y bienestar individual por encima del interés de lo colectivo que promulga lo moderno, más acá del esquema “trabajar para que los hijos (el colectivo familiar) tengan una mejor vida”.
  5. La rotura del deber ser homogeneizante, que quebró los códigos morales de los meta relatos, otorgándole todo el valor a los micro relatos personales, de pequeños colectivos y de minorías *silenciadas*.
  6. La lucha contra toda forma de homogenizar y la emergencia de lo plural, lo diverso, que en lugar de cerrar abre, que no controla ni uniforma, abriendo el espacio para los *silenciados* de siempre.

Asumiendo que los anteriores postulados pueden ser positivos, ésta lógica postmoderna tiene su envés negativo, veamos:

1. Privilegia lo vano, lo sutil, en detrimento de lo sustancial.
2. Valida un pragmatismo ramplón, que no tiene contenciones en la ética. Su égida es que todo es válido, con tal que produzca resultados inmediatos (narcotráfico, prostitución, pedofilia, sicariato, etc.).
3. Desconsidera el pasado como fuente de reflexión para proyectar el futuro... éste no existe, el presente es todo... Condenándonos al ostracismo, puesto que sin enjuiciar las verdades del pasado, es inviable la construcción de una sociedad futura, asentada en la pluralidad, el respeto, la democracia, la participación y la equidad.

Por éste camino continuaremos condenados a seguir siendo vistos por otros ojos y narrados con palabras ajenas.

4. Renegar de la tradición cultural sin mayores aspavientos, en función de validar la micro cultura popular, aparentemente reivindica nuestros intereses nacionales, pero nos deja indefensos frente a la avalancha ideológica del credo neoliberal, que hoy por hoy es la “expresión” de la cultura contemporánea.
5. Valida la fragmentación del todo, sin tener en cuenta ese todo, otorgando todo el valor al fragmento, descontextualizándolo todo. Lo cual imposibilita acciones coordinadas entre sujetos y naciones por objetivos comunes.
6. No le da importancia a la *continuidad progresiva y dinámica* de los valores, creencias, proyectos e interrogantes fecundos. Entroniza de este modo la lógica lumpenesca del sicario: “vengo por lo mío... lo de los demás me resbala”.

Estas consideraciones de vida actuales son el estímulo central que populariza la globalización neoliberal, un tufillo de antivalores que fundamentan la existencia solo en términos *coyunturales*, del ahora. El porvenir no es pensable, simplemente se vive el día a día, tal como se expresa -por obligación- en la economía popular, “solo hay pa’l diario”. La formulación de proyecto de vida se juega en lo inmediato, el largo plazo se quedó sin piso y sin sentido.

La configuración de la sociedad colombiana en su larga historia, pasa por los luctuosos acontecimientos guerreros que pretenden imponer por la fuerza una u otra de las convicciones enfrentadas. Tal entuerto se ha tipificado ya en los campos sutiles de la literatura, la música y en general en todas las artes; escenarios que se han visto obligados a tocar el tema, por lo impactante que ha resultado.

Basta echarle una ojeada al cine nacional contemporáneo, que pasando por “La estrategia del caracol”, “Cóncores no entierran todos

los días”, “El carro”, “Rodrigo D”, “La vendedora de rosas”, “Rosario Tijeras”, “Sumas y restas”, “Buscando a Miguel” etc., ha abordado con pelos y señales el fenómeno de la violencia, que sin dejar de lado los prolegómenos de la confrontación entre liberales y conservadores (como herencia de la lucha entre Santanderistas y Bolivarianos), se ha adentrado en la contemporaneidad, con la confrontación vivida entre guerrillos y estado y entre paras y guerrillos, pero también se ha atrevido a considerar lo que acontece en el núcleo que más hemos cuidado y defendido -por aquello de nuestra "vocación" cristiana-: la familia.

El asunto es cuanto se aprende de la sociedad, que se edifica ya no tanto del aprendizaje de los portentos de la ciencia y la cultura, sino de la importancia de *la fuerza*, como argumento demoledor e incuestionable. A través de las formas sutiles de la interacción familiar, se avalan convicciones adheridas al despliegue de la fuerza que ostenta ora el padre con la familia, ora la madre con los hijos, ora el hermano mayor con los menores etc.

Colombia y el mundo se debaten actualmente en una crisis severa de todo tipo. Las Instituciones seculares ya no cuentan con la anuencia que las ha eternizado en la historia, la familia ya no es... ¿Ha de volver a ser? ¿Sobre qué tipo de referentes podría volver a ser? ¿O será que requerimos configurar otro tipo de institución primaria que sustituya y recoja -democráticamente- tal herencia, de manera que podamos ordenar el “orden” social? Estas son preocupaciones que valientemente algunos ya se han atrevido a plantear, a pesar de las limitaciones que circundan tales temáticas, al parecer todavía vedadas por el “**silencio**” cómplice que se “debe” guardar hacia nuestros mayores. (Padres, autoridades de todo tipo).

Los datos que se recogen en todos los renglones de la vida social son realmente alarmantes... La ola de suicidios ya no es una ola, se

convierte en una pandemia mundial que no solo reduce la población juvenil, ya toca las puertas de los mayores y lo más preocupante, de los niños.

Las conductas abusivas son evidentemente prácticas antidemocráticas, sea que éstas se cumplan en el campo laboral, en el campo socio-cultural, en el campo emocional, pero también en el espacio familiar.

Los excesos cumplidos desde las más altas esferas del poder han instado a los descamisados a aprehender que la desconsideración del otro, el uso consuetudinario de la fuerza -hasta naturalizarla- se han convertido en paradigma que da norte a nuestra existencia. Pero también y por fortuna, desde estos microespacios se levantan las voces de los *silenciados* de siempre, exigiendo ser reconocidos y ganando la condición de *existente participativo*.

Ya en Colombia tenemos una norma que pretende recoger algo de estos enunciados, pero aún dista mucho de ser una norma introyectada, que haga parte de las convicciones del pueblo colombiano..., por el momento ella fungirá con el sello clásico de que "ha de imponerse" contra aquellos que ejercen violencia contra la población infantil...vuelve y juega la reflexión ¿la punición "contra" los abusadores hará que ésta desaparezca? ¿Los actos *administrativos* serán capaces de construir en el tejido *ideológico y mental* de la población un asunto tan importante como el *reconocimiento del otro, la diferencia con el otro, pero sobre todo... la construcción de sociedad en armonía con aquel con el cual mantendremos distancia?*

Sellemos ésta participación con una semblanza de Eduardo Galeano planteada en "El libro de los abrazos" que dice así: "... Cuando es verdadera, cuando nace de la necesidad de decir, a la voz humana no hay quien la pare. Si le niegan la boca, ella habla por las manos, o por

los ojos, o por los poros, o por donde sea. Porque todos, toditos, tenemos algo que decir a los demás, alguna cosa que merece ser por los demás celebrada o perdonada”.

Abril 11 de 2011